

Maite

GIL TRIGO

Escuela Superior de Diseño de Aragón

● ● ● ● «MAESE URIOL», EL ORGANISTA:
ANECDOTARIO





José Luis González Uriol y Mario Gabarre Blanco en la iglesia de San Felipe de Zaragoza, en octubre de 2017. (Fotografía Maite Gil)



Al día siguiente de recibir la honrosa invitación para participar en el homenaje que, mercedamente, la Filarmónica de Zaragoza está organizando a José Luis González Uriol, recibí una llamada del futuro homenajeado. Al ser el día de Nochevieja, me proponía vernos al mediodía. Yo había quedado con unas amigas y le animé a que se sumara a mi cita. Y, así, tomé el aperitivo con seis amigas y el maestro, que se sentía, según sus propias palabras, divinamente rodeado de mujeres y, debe ser cierto, porque no es inusual que acuda a la cena de los viernes en «Casa Antonio», donde es el único varón entre un grupo nutrido de féminas: Mar, Nancy, Marga, M.^a Dolores, M.^a José y yo misma.

Una de ellas, Anne, fue alumna suya en el Colegio Alemán y me contaba lo agradables que eran sus clases y los trabajos que les mandaba hacer para obtener buena calificación en la asignatura. Que les daba a elegir entre autores de música clásica y cantantes o grupos de actualidad: The Beatles, Camilo Sesto, Mocedades... Lo que para unas adolescentes de los años setenta resultaba muy atractivo, además de conseguir aprobar con buenas notas.

El verlo tan felizmente rodeado de mis amigas me llevó a preguntarme cómo Pepín había pasado a ser una persona tan cercana e importante en mi vida y en la de mi, desgraciadamente, ya desaparecida pareja, Pascual Blanco. Y es que José Luis ha estado presente en homenajes, bodas, bautizos, etc., de mi familia. Y, lo que considero todavía más significativo, sin necesidad de celebración alguna. He de decir que Pascual y yo nos hemos sentido igual de integrados en la suya.

Y echando la vista o, mejor dicho, la memoria atrás, recordé las primeras veces que vi a Uriol. De esto hace ya unos treinta años. Fue con Pascual en la plaza de los Sitios (próxima a su casa y a nuestro lugar de trabajo, la Escuela de Artes). Nos encontrábamos con frecuencia y Pascual le preguntaba: «¿Qué tal, “maestro”?» «Todo bien», contestaba José Luis. «¿Y vosotros?». Charraban un poco y, al despedirse, decía Pascual: «Hasta luego». A lo que Uriol respondía: «Hasta pronto, “maestro”». Y ya siempre, uno y otro, se llamaron mutuamente así: «maestro».

Es uno de los aragoneses con más proyección internacional en la actualidad, me explicaba a mí Pascual. Tras esos breves, pero entretenidos encuentros, fuimos intimando más. Ocurrió a través de amigos comunes; Pilar de la Vega, Julián Abinzano, Manolo Val, Suavec y sus respectivas parejas. Cinco matrimonios que quedábamos habitualmente, primero a cenar y, conforme nos fuimos haciendo mayores, a comer. Poco a poco nuestra relación se fue intensificando, aunque, como he señalado, fueron muchas las ocasiones en que compartimos acontecimientos familiares y viajes.

Por ejemplo, recuerdo aquella en que nos recorrimos media Francia, hasta el mismo Finisterre bretón, para encontrar las ostras más apetecibles (todo el que conoce a Uriol

sabe que es un entendido en estos moluscos). Eso sí, a las tres de la tarde. Una hora en que ningún francés que se precie de tal daría de comer a nadie, exceptuando a Pepín y sus acompañantes. Pero es bien cierto que una gran parte de nuestra amistad se fraguó a partir de eventos culturales, concretamente en torno a conciertos y exposiciones artísticas. Los recuerdos me vienen a la cabeza desordenados en el tiempo, pero no creo que sea trascendente el rigor cronológico, porque lo que realmente importa es evocar el lado más humano de José Luis González Uriol, maestro como músico, como amigo y como persona.

Así, recuerdo una noche en nuestra querida Italia, en una localidad cercana a Pistoia. Acompañábamos al maestro Pascual, nuestro hijo Sergio y yo, amantes los tres de la música, pero, al mismo tiempo, profanos. El maestro necesitaba que alguien le pasara las páginas de las partituras, así que le pidió a Pascual que lo hiciese. «Pero yo no sé leer música, maestro», le contestó este. «No te preocupes, cuando haya que pasarlas yo te haré un movimiento con la cabeza». Sin duda no era consciente de la cantidad de veces que un intérprete, al menos de órgano, puede llegar a mover su cabeza mientras está tocando. Así que Sergio y yo contemplábamos desde abajo los apuros y las dudas de Pascual, ante cada uno de los innumerables movimientos de Uriol.

Creo que el concierto salió bien, pero también podría ser que se hubiera saltado algunas notas. Fuese como fuese, celebramos su rotundo éxito con una formidable cena en un acogedor restaurante en plena sierra de la Toscana. Acompañados de un magnífico violinista, en un típico restaurante de la zona, yo recordaba aquel epigrama de Nicolás Fernández de Moratín:

Ayer convidé a Torcuato,
comió sopas y puchero,
media pierna de cordero,
dos gazapillos y un pato;
doyle vino y respondió:
Tomadlo por vuestra vida,
que hasta mitad de comida
no acostumbro a beber yo.

«Los de música antigua somos los que mejor sabemos comer», me decían violinista y organista, casi al unísono, entre bandejas de embutidos de la zona y platos de pasta con setas.

Recuerdo otra anécdota con la que, a veces, riéndome a mandíbula batiente, hago rabiar a Pepín. Estábamos en Fermo, una bella ciudad italiana a orillas del Adriático, en la que el maestro, Pascual y yo compartimos «nuestra familia italiana»: Lycia, Sandro, Elena, Padre Piero, Verducci, Sandro Trotti y tantos otros amigos con los que hemos pasado momentos inolvidables. Nuestra estancia obedecía a una muestra que Pascual tenía en un magnífico palacio barroco y, en cuya inauguración, González Uriol ofreció un concierto en la vecina *chiesa del Carmine*.

Una responsable importante de la política de la provincia estaba interesada en contactar con José Luis para organizar un concierto, de manera que quedaron *verso le cinque* en la plaza del Popolo. Como dice una buena amiga nuestra, Mar —conocedora



Retrato de José Luis González Uriol realizado con lápices de colores por Sandro Trotti en Fermo (Italia) alrededor de 2002. (Fotografía Nati Carreras)

del tema, al estar casada con Toni, un romano— los italianos siempre quedan hacia una hora, pero nunca la concretan del todo. Así que dejamos a Pepín a la hora en punto. «Yo creo que vas un poco pronto, maestro», le comenté. «No, que no es educado hacer esperar a la gente y menos a una política de alto rango», me contestó. Fuimos a realizar algunos recados y, casualmente, Pascual, mi hermano, mi cuñada y yo pasamos una media hora más tarde. Y allí estaba el maestro esperando. Y a las 6. Y las 6:30. No sé a qué hora se encontrarían, igual ya de noche, pero lo que sí tengo claro, es que fue beneficioso para el municipio, pues rápidamente llegaron a algún acuerdo.

En otra de nuestras múltiples y prolongadas estancias en esta misma localidad, el arzobispo mostró gran interés por conocer al maestro. Su secretario se puso en contacto con él para transmitirle el interés de la máxima autoridad eclesiástica por oírle tocar algunos de los hermosos órganos que posee la catedral de la ciudad. «Haremos un pequeño concierto privado», se ofreció generosamente Uriol. Al día siguiente un operario municipal, que me recordaba al Don Peppone de Giovanni Guareschi, Gigo, para más señas, iba anunciando con un megáfono a voz en grito por todas las calles de Fermo: «Esta noche el afamado organista D. José Luis González Uriol ofrecerá un concierto en el Duomo. Entrada libre».

Roma acogió también otra muestra de Pascual, *Viaje a Italia*, en la galería regentada por Eva, esposa del afamado pintor Sandro Trotti. Una vez más, la inauguración de la muestra, a la que asistieron importantes personalidades del ámbito cultural romano, fue amenizada por un corto, pero precioso concierto de clave de González Uriol. Acabó el acto con un ágape con productos y vinos españoles en abundancia. Y, ciertamente, a los asistentes les debió gustar tanto la exposición como el concierto, porque, en una serena noche de julio en pleno Trastevere, se oía entonar: «¡Que viva España!...». Al día siguiente le acompañamos por los establecimientos de la céntrica calle Bottega Oscura —visita imprescindible para Pepín en la Ciudad Eterna— en busca de su preciada *stoffa* italiana.

El que conozca bien al maestro sabe que, además de buen imitador, es un artista de la seducción, pide de tal forma que parece que da. Más de una vez nos hemos encontrado mi sobrina Pilar y yo en el aeropuerto, con cartel incluido, buscando a concertistas extranjeros de algún curso de órgano organizado por Uriol. «Me puedes hacer un favor que te agradeceré siempre», te pide, con un tono de voz que hace que no haya manera de negarse. Así, un puente del 5 de marzo de hace ya muchos años, nos pidió a Pascual y a mí el favor de acompañarle a buscar un clavicordio al que le tenía especial afecto, porque en él había tocado su maestro Macario Kastner. No era demasiado lejos, a Lisboa. Hay que decir que en nuestro Volvo era en el único coche particular en que el clavicordio cabía, muy justo, todo hay que decirlo. Además, Pepín decía que en nuestro coche viajaba como un ministro.

Después de dos días en la capital portuguesa, llegó el momento de recoger el instrumento y meterlo en el coche entre Pascual y un amigo lisboeta. Pascual estrenaba una bonita chaqueta azul que yo le había regalado hacía unos días. Sudaban la gota gorda, mientras el maestro indicaba, con tono de voz enérgico: «¡Izquierda, no tanto, un poquito menos, ahora a la derecha...!». Pascual, ya harto, se volvió y le espetó: «¿Pero quieres hacer algo útil, maestro?». Viéndose en la obligación, Pepín empujó un poquito, con tan mala suerte que le engancho la chaqueta nueva. En ese momento supe que nuestra amistad estaba por encima de cualquier prueba que el destino nos deparara.

Por cierto que transportar el clavicordio, una vez cerrado, es como llevar un ataúd al lado. En 2014, tras el fallecimiento de Pascual, hubo que trasladar el viajero clavicordio a Oporto, a un exquisito ciclo de música, «Conciertos emblemáticos en espacios emblemáticos». Aquella vez nos llevó mi sobrino Julio y, cuando entre cuatro personas subían las escaleras de la iglesia donde iba a celebrarse el concierto con el instrumento a hombros, una señora se acercó a mi sobrino y le preguntó: «¿Quién ha muerto? ¿Era una persona importante?».

Con el mismo clavicordio viajamos a Valencia, donde nos esperaban nuestros buenos amigos, el matrimonio de José Ignacio Sánchez y Carmen Josa y el hermano del primero, quienes habían organizado una velada musical. José Luis tenía otros conciertos en la zona, así que me volví sola con el clave. Notaba que los coches que me pasaban me miraban y debían pensar... ¿Dónde irá esta mujer con un ataúd en el coche?

Aunque de pequeña asistí al conservatorio, reconozco mi total ignorancia y más sobre un instrumento tan complicado como es el órgano; reconozco que le debo al maestro mi afición por él y mi admiración por los organeros. Es de lo más interesante poder



indagar en las entrañas de estos históricos instrumentos. He tenido varias oportunidades de hacerlo, pero recuerdo especialmente un viaje con Cristina y Pepín a Plaisance du Gers, donde conocimos el taller de Daniel Brouste y su pareja, grandes profesionales, muy reconocidos en Francia, que nos explicaron los entresijos del oficio. Recuerdo que les seguía extasiada como si fuera una niña pequeña a la que le están contando un fantástico cuento. Eso sí, también nos ofrecieron una excelente cena.

He señalado que José Luis ha tocado en muchas de las inauguraciones de Pascual, pero le agradezco especialmente el concierto en el homenaje que el pueblo de Herrera de los Navarros le rindió a Francisco Blanco, padre de Pascual. Y el concierto en la exposición de Pascual en el Palacio de Sástago, donde la asistencia de público superó nuestras previsiones y el sonido de los murmullos impedía oír... Yo sé que, en esas condiciones, José Luis solo tocaba por algo muy especial, su cariño hacia Pascual.

Emotiva fue su aportación musical en la boda de mis sobrinos, Pilar y Ernesto (este último le preguntó a Uriol si podía tocar el tema central de *Harry Potter* al

José Luis González Uriol y Maite Gil con la familia de esta y amigos. Zaragoza, junio de 2015. (Fotografía Maite Gil)

entrar a la iglesia y el de *La guerra de las galaxias* a la salida. Creo que el maestro aún se está reponiendo del susto). E íntimo el concierto privado de clave que nos ofreció a los amigos una tarde de verano, en la sede social de la urbanización Andrómeda, en la que habita mi hermana y mi cuñado y en la que se apagó hasta el aire acondicionado para conseguir un silencio absoluto, solo roto por el rítmico abanicar de mi amiga Marga.

Pero, sin duda, lo que nunca olvidaré es el bello acto musical en el Museo Pablo Gargallo con el que José Luis, el magnífico viola y buen amigo Suavec y mi cuñado Bonifacio Martín, recitando algunas de las poesías que habían servido de inspiración a Pascual, dieron paso a la inauguración de la muestra «Retorno al Paraíso», con la que el Ayuntamiento de Zaragoza le homenajeó tras su muerte. Ni el emotivo acto de cierre de las exposiciones «Immagini per il ricordo. Italia» y «Labirinto all'Eden», celebradas en el incomparable espacio de la casa natal de Rafael, en Urbino, con el que la *Associazione culturale La Luna*, recordó, igualmente, a Pascual en la *chiesa del Carmine*, en presencia de todos nuestros amigos italianos y la compañía de Pilar, Julián, José Antonio y Mariví.

Me sirven estas líneas para avisar al maestro de que nos quedan muchas razones para disfrutar de su compañía y de su música y, por tanto, no se va a librar de la familia. Tenemos pendiente el bautizo del recién llegado a la misma, Víctor. Y Mar espera que, en vez de canturreársela por la calle, le toque y le dedique al clave la *Sarabande* de Haendel, la canción que siempre le tatarea.